

**ANTONIO** **VEGA**

## Agradecimientos

Son muchas las personas que han colaborado desinteresadamente en este libro. Sin ellas no podríamos hablar de «este libro» pues no existiría:

Gracias a mi tío Antonio Hornedo por echarme un cable en el momento oportuno. A Jerónimo Álvarez, Jacobo Ameneiro y Javier Ortega por sus magníficas fotos. A Javier de la Rosa y a Willy por sus diseños. A Antonio Carmona por la foto de los tres Antonios y a Pedro Ramírez «Peco» por las portadas de los discos.

Gracias a Nacho García Vega, a Rosa del Río y a Juan Tomás Tello por vuestro tiempo y por compartirlo conmigo.

Gracias a la familia Vega: Mari Luz, Ricardo, Laura y Cristina. Esto es vuestro como vuestro es Antonio.

Mil gracias a Teresa Lloret por todo.

Gracias de todo corazón a Carlos Vega y a Basilio Martí.

© Lunweg,S.L. 2009

© de los textos: sus autores

© de las fotografías: sus autores

© Benjamin Rondel/Corbis/CordonPress: portada, 22-23, 94-95, 170-171, 280-281

© Daniel Sanz/Agfotostock: portada, 22-23, 94-95, 170-171, 280-281

Creación y realización: Lunweg

Diseño gráfico: Susana Pozo

ISBN: 978-84-9785-598-3

Depósito Legal: B-41356-2009

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

LUNWERG, S.L.

Diagonal, 662-664 - Tel. 93 492 89 81 - 08034 BARCELONA

Paseo de Recoletos, 4 - Tel. 91 423 03 10 - 28001 MADRID

lunweg@lunweg.com

www.lunweg.com

Impreso en España

# ANTONIO VEGA

## MIS CUATRO ESTACIONES

Juan Bosco

**LUNWERG**  
EDITORES

Este libro, como no podía ser de otra manera,  
se lo dedico a mi hermano Alfonso.  
Porque juntos vivimos un sueño llamado **Antonio Vega**,  
del que jamás despertaremos.

# ÍNDICE

PRÓLOGO 10

BASILIO MARTÍ

INTRODUCCIÓN 14

ANTES DE EMPEZAR 18

PRIMAVERA 22

VERANO 94

OTOÑO 170

INVIERNO 280

Antonio Vega

Hay acontecimientos en la vida que marcan para siempre nuestra existencia, hechos que nos advierten de que *Ya nada volverá a ser como antes*. En mi caso, una de estas circunstancias a las que me refiero fue conocer a Antonio Vega y trabajar junto a él durante dieciocho años y, por supuesto –y mucho más dolorosa– su pérdida.

Y digo esto porque no hay nada que un músico pueda echar más en falta que una voz, un timbre, un sonido de guitarra, un espacio ocupado de tal o cual manera en el escenario. Durante estas casi dos décadas me acostumbré a levantar la vista de mi teclado durante los conciertos y ver ahí a Antonio, concentrado en su guitarra, a buscar miradas furtivas bajo su flequillo, viendo en su expresión qué era lo que sentía, si estaba cómodo, si disfrutaba del concierto, si había algún problema técnico o de otra índole miles de pequeñas cosas que pasaban en esos minutos en que compartíamos el escenario.

Desde que él se fue, cuando he vuelto a tocar en la intimidad algunos acordes de sus canciones, ése ha sido el momento al que me refería arriba, el *Ya nada volverá a ser como antes*. Esos acordes vacíos, sin su voz encima, son la prueba más dura de su ida.

De todas maneras, el tiempo y sus discos, las grabaciones domésticas, los vídeos, todo eso nos ayudará a tener, al menos, una panorámica de su obra. De todo lo demás, de la persona, del ser humano, libros como éste pueden ser una manera de intentar guardar como en una pequeña caja todas las piezas que forman el gran puzle de su existencia artística y personal, aunque este objetivo es más difícil, una vida tan intensa y al límite como la suya no cabría en la Biblioteca Nacional. Cada día en su vida era una pequeña novela, un montón de «movidas», viajes a Madrid, subidas a la sierra madrileña, donde vivió estos últimos años, llamadas del mundillo discográfico, tocar un rato, quedar para tocar más, otra bajada a Madrid, visita en mi casa, «luego te llamo», los trabajos manuales (que le apasionaban), comprar materiales... Eso cuando no teníamos que ir a tocar a alguna ciudad, cosa muy común en los últimos tiempos, en los que el mito se fue haciendo cada vez mayor y no dejaba de cerrar actuaciones, muchas de ellas memorables.

Sus días se quedaban cortos, le faltaba tiempo. Él, que era un estudioso apasionado de la obra de Leonardo da Vinci, supo en algún sitio que su admirado renacentista dormía unos quince minutos cada cuatro horas, nada más. Antonio tenía la teoría de que era un ciclo perfecto para, inducido por el sueño, llegar a una especie de trance de gran inspiración musical. En fin, una de sus muchas invenciones que, en efecto, aplicaba a su vida con total convencimiento. En este estado pasaba días enteros pegado a su guitarra, sudando, con un cigarrillo apagado en los labios, a veces repitiendo la misma escala durante horas. Ese celo le llevó a convertirse en un maestro de las seis cuerdas, cuando la guitarra era su mayor obsesión, incluso, en los últimos tiempos, más que las letras de las canciones.

La vida de Antonio Vega era un caos con sentido. Pero todo ese desorden diario desembocaba y tomaba forma en los conciertos, verdaderos rituales casi religiosos en los que el silencio respetuoso del público servía de base para dejar al maestro expresar todo ese caos interior –en perfecto orden matemático y espiritual– en forma de canciones. El silencio de sus conciertos en pequeñas salas y teatros recordaba a veces al silencio después de la eucaristía en los rituales religiosos, en los que entre acto y acto se puede oír casi la respiración del oficiante. En el caso de Antonio era para el público una parte del espectáculo no quitarle ojo de encima entre canción y canción mientras afinaba su guitarra, daba un trago a su cerveza o buscaba una púa entre sus numerosos y complicados bolsillos.

A mí, a veces, me parecía increíble que el maestro del caos pudiera luego ordenar con tanta magia sus canciones, los acordes, las palabras perfectas que escribía y cantaba aún hoy me parece una paradoja.

Como parte de este caos considero también la manera en que pasé a formar parte de su primera banda en solitario como teclista, y luego, con los años, en su eterno acompañante musical y, mejor aún, como amigo. Le conocía superficialmente por esos días, porque yo empezaba a hacer mis pinitos como músico profesional, y habíamos coincidido en algún garito nocturno. Mi amigo Nacho Béjar me lo había presentado, y

fuimos a verle un par de veces a su casa de Soto del Real, donde vivía con Teresa. Eran los tiempos inmediatamente posteriores a la ruptura de Nacha Pop. Nunca lo olvidaré, con un albornoz azul y un zumo de naranja, en el momento que entramos en casa pude oír unos acordes de *Tesoros*, el precioso tema que luego grabaría en *No me iré mañana*. Pasamos la mañana con él, charlando y hablando de su disco y de motocicletas, que le encantaban, y eso fue todo. Pasó algo más de un año, yo estaba enfrascado en los temas que estábamos componiendo Nacho y yo para Sonora. Una noche quedamos para ir al Penta, la sala que se menciona en su canción *Chica de ayer*, porque Antonio presentaba informalmente *No me iré mañana*, su primer disco en solitario. Allí estaba todo el mundillo de Antonio, amigos, familia, mánagers, músicos. Yo era un novato en ese ambiente, por entonces era periodista y la música era un sueño para mí. Tenía veintipocos años y ninguna experiencia en giras con artistas importantes. Fui aquel día al Penta sin mucho interés, a echar un ojo. Cuando entré en la sala estaba sonando *Esperando nada* y quedé hipnotizado por esa canción, era perfecta, vigorosa, dulce pero fuerte, nunca había oído nada tan maravilloso cantado en español. A mí, que el pop español no me interesaba absolutamente nada en aquel momento, ese día me cambió la vida. Entre los asistentes al Penta de esa noche se comentaba que Antonio buscaba banda para su gira. Nacho Béjar me sugirió comentárselo a Antonio. «No pierdes nada», me dijo. Me acerqué a él y le felicité de corazón por el trabajo que había hecho en su disco. «Oye, he oído que buscas teclista para tu gira, yo soy nuevo en esto, pero ¿por qué no me haces una prueba?», le dije. Sin mirarme con demasiado interés me contestó «¿Prueba? ¿Para qué?» «¡Manolo! (su mánager) toma los datos de este chico, que va a ser mi teclista, se llama Basilio Martí». Yo no me lo podía creer y, por supuesto, no era consciente de dónde me estaba metiendo (*Ya nada volverá a ser como antes*).

Mas allá de lo estrictamente musical, ese día tomé contacto con una de las personas más importantes de mi vida, con la que hice miles de kilómetros y conciertos, y con la que compartí momentos inolvidables y mágicos, pero también tristes como la pérdida de su chica, su querida Marga, sus hermanos Ricardo y Marta, su cuñada Mercedes, a quien hicimos a toda velocidad una canción de despedida... Ensayos, etapas de subidas,

etapas de bajadas, su tuberculosis, sin mencionar el lastre que arrastró toda su vida con sus adicciones, ya asumidas desde hacía años... ¿Qué habría sido de mí si no hubiera ido ese día al Penta? Nunca lo sabré, pero me alegro tanto de haber estado ese día en su presentación...

Personas como él hacen más interesantes las vidas de los otros, pasando del blanco al negro en décimas de segundo, sin grises intermedios, prohibido el aburrimiento, siempre con una nueva sorpresa. Cada día que nos veíamos yo me preparaba para que me contase una nueva aventura de su exagerada vida: «Tío, no sabes lo que me ha pasado hoy, es acojonante, iba con mi coche a toda pastilla cuando de repente...»

Gracias a la valiosa oportunidad de escribir este prólogo he podido repasar algún detalle de estos años con Antonio. Ojalá se conserven en este libro otros innumerables que puedan servir de recuerdo a los que le queríamos, ya sea personalmente o a través de sus canciones. *Ya nada volverá a ser como antes*.

Hasta siempre, querido amigo, y gracias por todo.

Desde que en 1980 Antonio y Nacha Pop sacaron a la luz su primer disco, *Nacha Pop*, hay una pregunta que suele repetirse en cada entrevista concedida desde entonces: «Antonio, ¿piensas alguna vez sacar un libro?»

A esa pregunta Antonio respondió de todas las maneras posibles cada vez dependiendo del momento, pero el libro jamás fue escrito.

Creo que conocí a Antonio en el peor momento de su vida. Marga acababa de fallecer y él se encontraba perdido. Y herido. Un par de meses más tarde, mi hermano Alfonso, estuvo ayudando a Antonio los últimos meses de la grabación de *3000 noches con Marga*, recogéndole, llevándole, acompañándole, haciendo un poco todo lo que estuviera en su mano. EMI quería tener ese disco terminado y ya había sufrido el típico retraso que al artista no le importa lo más mínimo y a la compañía, a algunas más que a otras, siempre les supone una especie de tragedia que nadie se acaba de crear, pero representada hasta el mínimo detalle.

El caso es que mi hermano era perfecto para ese trabajo: joven, loco por la música (compartíamos un grupo que se llamaba Mordisco), fan de Antonio... total, que empezó a currar con él y desde el primer día surgió entre ellos una relación muy bonita, muchas risas, muchos chistes y las cosas claras. Antes de que saliera el disco, tuve la suerte de pasarme por Sonoland y escuchar con ellos *Caminos Infinitos* antes de masterizar, un lujo.

Unos meses más tarde el disco salió a la venta y Antonio concedió la típica serie de entrevistas para promocionarlo. Aproveché la cercanía y le hice una para la revista *Citizen K*. Tras leerla, volvimos a vernos. Debíamos de estar en octubre y Antonio vivía en unos locales de ensayo que se hallan en Vallecas. Tras un rato hablando de lo uno y de lo otro, me comentó que llevaba tiempo rondándole la cabeza escribir un libro sobre su vida pero que nunca se había puesto a ello y había llegado el momento de hacerlo. Conmigo. No daba crédito.

La idea inicial era escribir al alimón sus memorias y hacer un recorrido minucioso por las más de cien canciones que Antonio había compuesto hasta entonces. Como fan de Antonio, el pasear de su mano por cada verso escrito y por cada estrofa cantada

era algo hasta entonces impensable. Antonio estaba dispuesto a revelar los enigmas de sus canciones, él, que siempre había guardado celoso las claves para entender sus temas quería por fin poner todas las cartas sobre la mesa y regalar a su público con las «recetas» secretas.

Las semanas se convirtieron en meses, éstos en estaciones y al final en años. Pasamos horas y horas hablando, de todo y de nada, mezclando recuerdos e ideas y, algunas veces, creo que nos acercamos a eso que llaman amistad. Nada más empezar, nos dimos cuenta de la magnitud del libro. No iba a ser fácil escribirlo. No resultaría sencillo. Así que ambos nos hicimos una promesa: si por cualquier razón el libro no conseguía esos dos objetivos (que las memorias fueran completas y el análisis de todas sus canciones) jamás lo sacaríamos a la venta. Mejor no sacar nada que publicar algo poco trabajado, poco profundizado, comercial en el peor de los sentidos.

Desgraciadamente ese libro jamás pudimos escribirlo. La parte que Antonio debía escribir nunca fue escrita, y el apasionante paseo por las letras de sus canciones prometido ni siquiera lo iniciamos. Ese libro, como Antonio, desgraciadamente se quedó en el camino. Nunca pudimos acabar el trabajo y aquel libro soñado jamás podrá terminarse. Antonio se llevaba a la tumba todos sus secretos.

Un libro sobre Antonio no debería poder encuadrarse en unos parámetros habituales, pues su protagonista y coautor no ha sido nunca un personaje común. Intentar simplificarlo o encasillarlo sería una vileza por mi parte. Jamás se me ocurriría.

Pero otro libro nació. Y es éste. A través de los testimonios que durante años fui recogiendo podemos conocer un Antonio Vega como hasta ahora nunca había sido posible. Puede que el proyecto inicial fuese demasiado ambicioso. Con el nuevo libro no cometería el mismo error e intentaría, simplemente, dibujar un retrato con palabras de la figura del maestro, del genio que hasta hace muy poco anduvo entre nosotros. Además, aprovechando la calidad en el tratamiento del material gráfico del que Lunweg hace siempre gala, la idea fue enriquecer el libro con un recorrido fotográfico y plástico de su vida.

Esta labor no sería sencilla. Conseguir fotos de Antonio que no se hayan publicado nunca es complicadísimo. No sabía entonces que tanto familia como amigos de Antonio me abrirían las puertas y cajones de sus casas para hacer de este libro algo único.

Este libro nace de una pasión, la mía por Antonio, que se alimenta de otra pasión, la de Antonio. Para entender la mía sólo hay que escuchar una de sus canciones. Para entender la suya lo mejor será oír lo que dice.

Madrid es un pueblo aunque no lo parezca, y los que hemos nacido y crecido en esta ciudad lo sabemos. Y así como los barrios tienen superhéroes, los pueblos son más de leyendas. Antonio es una de ellas, y como buena leyenda anda a caballo entre realidad y ficción, historia y fábula.

Escribir sobre un músico es algo confuso. Al músico hay que oírle y al poeta escucharle.

Pero las canciones, que son la forma en que la poesía desde hace algún tiempo consigue llegar al gran público, siempre llevan impresa una parte muy personal del autor. Aunque el autor no quiera deja su huella. Todas las personas con un mínimo de sensibilidad han experimentado la sensación de conocer al artista a través de su obra porque él, lo quiera o no, siempre va a estar en su obra. De hecho, normalmente lo mejor de un artista es precisamente su obra. Sería esperpéntico rechazar la música de Beethoven porque tuviera tan mal humor como sólo lo puede tener un alemán, o dejar de admirar a Picasso por el trato que dio a sus mujeres.

La historia está repleta de ejemplos de seres humanos, algunos sensacionales y otros despreciables, que consagran su vida a la belleza, a su búsqueda o a su destrucción, que no deja de ser la manera más refinada y degenerada de llegar a ella. La obsesión y el dolor están detrás de algunas de las mejores óperas, de los versos más profundos o de los cuadros más asombrosos. También el amor. Sobre todo, el amor.

El mundo de Antonio o como se ha institucionalizado «El Universo Vega» es un lugar al que todos podemos acudir, está ahí mismo, al alcance de la mano. Como todos los universos, tiene algo de insondable, de infinito y misterioso pero, como descubriréis –si no lo sabíais ya– a lo largo de estas páginas, también está plagado de luz y de es-

peranza. Al fin y al cabo, es la historia de un hombre, bueno, parte de ella porque hay cosas, hay pensamientos y actos que toda buena historia guarda para sí, para aquellos que estuvieron allí.

Esto no va a empezar el día que Antonio nació, ni terminará el día de su muerte, porque sospecho que nada empieza cuando uno nace ni termina cuando fallece. Si alguien espera que este libro sea una ordenada y pormenorizada secuencia de datos sobre Antonio Vega que pueda servir en un futuro incierto como fuente de consulta, será mejor que lo cierre. El día en que un ordenador escriba un libro, todos deberemos preocuparnos. El día en que haya personas que compren ese libro será demasiado tarde. Pero como este libro no es uno de esos, espero que encuentre en ti a la persona idónea para apreciarlo, o como decía Borges «Un libro es una cosa entre las cosas, un volumen perdido entre los volúmenes que pueblan el indiferente universo; hasta que da con su lector, con el hombre destinado a sus símbolos.»

La primavera despierta perezosa este año del 2009. No es una explosión de flores y colores sino más bien un lento desperezar. Ha sido un invierno de lluvias, con sus días buenos, como todos, pero en general bastante duro. En el norte ha llovido a grifo abierto y en el sur no se podrán quejar de falta de agua.

En Madrid se ha antojado frío y hasta ha caído más de una nevada. En una ciudad no te enteras de las estaciones. Te enteras del calor, del frío y de la lluvia, pero el cambio de paisaje es más una ilusión que una realidad. Si uno está atento puede hasta saborear las primeras tardes de abril, en las que la luz se detiene, alargando la tarde. Es la señal de que el invierno pega los últimos coletazos y que, ya no tan lejos, se acerca la ansiada primavera.

Una de esas tardes, Antonio Vega se encuentra en Cercedilla, el pueblo de la sierra madrileña en el que vive desde hace un año. Ha vivido muchas veces en la sierra norte y es un clima que le gusta. Por la zona también viven muchos otros músicos. Si uno no debe fichar todos los días en la oficina y tiene un trabajo con horario flexible puede permitirse el lujo de hacer las maletas e instalarse en uno de tantos pueblos de la sierra madrileña, en aquella zona que eligió Felipe II para dejar constancia de su paso por el mundo.

Esta tarde, Antonio se ha acercado a casa de Anye Bao a intentar arrancar su moto. Lleva un par de semanas aparcada en la puerta y hoy es el día elegido para recuperarla. Le acompañan Basilio Martí y David Bao, el hijo de Anye que –como su padre y su tío Pepe– es un músico cojonudo que continua la estirpe profesional familiar. El caso es que entre los tres intentan arrancar a capón la Custom 650 de Antonio que se quedó allí, tirada, hace ya un par de semanas.

El invierno ha sido bastante provechoso. Los conciertos de la gira de teatros están siendo un éxito y el último, en Bilbao, salió redondo. La banda perfectamente medida, los músicos enormes y Antonio, tanto musical como vocalmente, mejor que nunca. Es una realidad desde hace tiempo que el sonido de Antonio está en su mejor momento. En los últimos años ha dado un paso de gigante en cuanto a técnica y definición con el instrumento.

Desde hace días Antonio ha dejado de fumar. Ya no aspira más que aire. Lo que podría considerarse una buena señal, en realidad, es todo lo contrario, pero por el momento es recibida con ilusión por todos.

Antonio se sube encima y espera a que Basi y David empujen la moto lo suficiente como para meter segunda de golpe y arrancarla a capón. La moto pesa por lo menos 200 kilos y en plano no es fácil coger la suficiente velocidad.

En mitad de la operación, salta la alarma.

– Parad, parad, estoy muy cansado.

Los dos arrieros se ríen.

– ¡Pues imagínate nosotros, que somos los que estamos empujando!

– Que no, que es en serio. Estoy muy cansado.

Otra vez neumonía. Ya no hay risas. Lo que hay es un ingreso en el Hospital 12 de Octubre y malas noticias. La neumonía es severa.

La lista de enfermedades que Antonio ha sufrido es amplia y una neumonía más es para preocuparse, pero no para panicar. El problema surgió realizando las pruebas. En sus pulmones aparecieron unas manchas que no presagiaban nada bueno y se confirmaron las peores sospechas: cáncer de pulmón.

Al principio Antonio no tiene miedo. Parece que un pulmón está completamente negro y el otro tiene apenas un 20% de capacidad. Las opciones son muy reducidas. O se somete a quimioterapia o no se hace nada. Hay metástasis en los huesos de las costillas y en breve se extenderá por doquier.

En cuanto se lo confirman a Antonio les dice a los médicos que ya están tardando con el tratamiento. Está seguro que una vez derrotada la enfermedad todo volverá a la normalidad. Ha estado demasiadas veces al borde como para darle mayor importancia. «He salido de peores que ésta» dice cuando le preguntan.

Pero está débil. Una vida al límite no es sinónimo de defensas y está tan convencido de que puede con ello, tiene tantas ganas de vivir que a los doce días de su ingreso le

someten a la primera sesión de quimioterapia. Y su cuerpo, ese cuerpo capaz de resistir lo irresistible, que había salido airoso de décadas de excesos, en esta ocasión no lo soportó y se rindió ante el avance del veneno.

Los peores temores se confirman. Los médicos poco pueden hacer llegados a este punto. Lo único, aliviar en la medida de lo posible el dolor.

Los siguientes días son terribles. Antonio se va consumiendo a un ritmo vertiginoso. Está dormido la mayor parte del día, y cuando despierta apenas tiene fuerza para hablar.

Ya no queda mucho tiempo. A Mari Luz se le rompe el corazón, otra vez. Dicen que cuánto más te quiere Dios, más te hace sufrir. Qué extraña manera de demostrarlo.

Antonio no quiere separarse un solo minuto de sus hermanos. La familia le arropa y se queda con él, acompañándole, dándole ánimos cada vez que abre los ojos y despierta aunque sean unos segundos. Los médicos no entienden cómo es posible que recupere la conciencia con la cantidad de morfina y demás sedantes que le dan.

La mañana del 12 de mayo Carlos y Cristina están en la habitación de Antonio. Queca, la última novia de Antonio también se encuentra en la habitación pero está adormilada en el sillón. Saben que se acerca el final. Antonio, como si supiera que Laura aún no ha llegado, la espera. En cuanto Laura entra y los cuatro hermanos están juntos, la frecuencia en la respiración de Antonio se empieza a dilatar. Carlos susurra al oído de su hermano cosas que sólo ellos dos saben. En ese momento, Antonio mueve la cabeza en el último aliento y brota una lágrima de sus ojos cerrados.

Esa lágrima de Antonio sólo sería la primera de un torrente de ellas. Desde esa habitación del hotel, de boca en boca y como la pólvora se extiende la terrible noticia. Para su familia y sus amigos se ha muerto Antonio, pero para el mundo, ese mundo con el que no siempre se sintió a gusto, la leyenda de Antonio Vega acaba de nacer.

Nadie podía imaginar la reacción colectiva que supuso la noticia de su fallecimiento. En todas las radios y televisiones se produce una avalancha de llamadas y algunas páginas web como la suya oficial [www.antoniovega.org](http://www.antoniovega.org) se colapsan. Radio 3 realiza un

homenaje inaudito que nunca antes se había hecho al poner sus canciones ininterrumpidamente todo el día. En muchas ciudades españolas surgen homenajes espontáneos y muchas personas que en la intimidad habían disfrutado de sus canciones quisieron juntarse para mostrar su duelo.

En la capilla ardiente que se instala en la SGAE se formaron colas de madrileños y madrileñas a quienes no les importó esperar muchas veces más de dos y tres horas para presentar sus respetos. En esas colas había ejecutivos, universitarias, gitanos, amas de casa, punkis, de todo. Gente joven y personas mayores. Todo tipo de personas. Poca gente tiene un público tan heterogéneo. Muy poca gente consigue que sus canciones calen en la conciencia colectiva de una manera tan profunda.

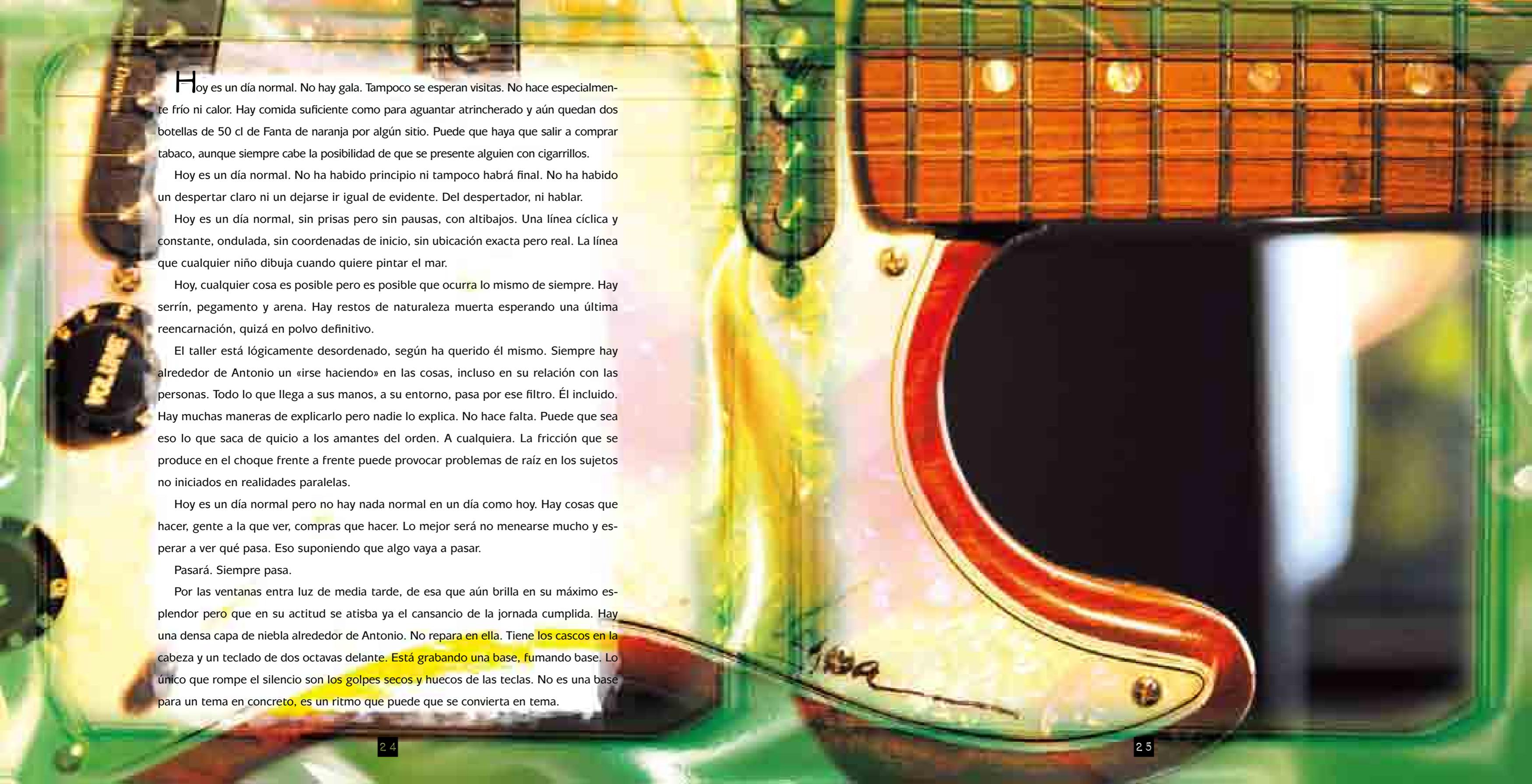
Al día siguiente, en el Cementerio de la Almudena, se llevó a cabo la incineración de sus restos mortales con una pequeña ceremonia religiosa previa.

Ahora que han pasado los meses y su recuerdo sigue más vivo que nunca en muchos de nosotros sólo espero que su voluntad y su palabra se hagan realidad cuando dijo: «¿Qué pasaría si Antonio fuese una persona sana, viva, brillante, lúcida y cabal? ¿Se destruiría el mito? ¿Ya no sería bonita la leyenda? Pues eso es lo que quiero, que se destruya ese mito, que se rompa la leyenda. Que muchos se lleven el desencanto que se tienen que llevar para darse cuenta de que en un futuro no muy lejano habrá un encanto, un mito y una leyenda mayores que pasaran por encima de todo eso.»

Estoy seguro de que así será.

# Primavera





Hoy es un día normal. No hay gala. Tampoco se esperan visitas. No hace especialmente frío ni calor. Hay comida suficiente como para aguantar atrincherado y aún quedan dos botellas de 50 cl de Fanta de naranja por algún sitio. Puede que haya que salir a comprar tabaco, aunque siempre cabe la posibilidad de que se presente alguien con cigarrillos.

Hoy es un día normal. No ha habido principio ni tampoco habrá final. No ha habido un despertar claro ni un dejarse ir igual de evidente. Del despertador, ni hablar.

Hoy es un día normal, sin prisas pero sin pausas, con altibajos. Una línea cíclica y constante, ondulada, sin coordenadas de inicio, sin ubicación exacta pero real. La línea que cualquier niño dibuja cuando quiere pintar el mar.

Hoy, cualquier cosa es posible pero es posible que ocurra lo mismo de siempre. Hay serrín, pegamento y arena. Hay restos de naturaleza muerta esperando una última reencarnación, quizá en polvo definitivo.

El taller está lógicamente desordenado, según ha querido él mismo. Siempre hay alrededor de Antonio un «irse haciendo» en las cosas, incluso en su relación con las personas. Todo lo que llega a sus manos, a su entorno, pasa por ese filtro. Él incluido. Hay muchas maneras de explicarlo pero nadie lo explica. No hace falta. Puede que sea eso lo que saca de quicio a los amantes del orden. A cualquiera. La fricción que se produce en el choque frente a frente puede provocar problemas de raíz en los sujetos no iniciados en realidades paralelas.

Hoy es un día normal pero no hay nada normal en un día como hoy. Hay cosas que hacer, gente a la que ver, compras que hacer. Lo mejor será no menearse mucho y esperar a ver qué pasa. Eso suponiendo que algo vaya a pasar.

Pasará. Siempre pasa.

Por las ventanas entra luz de media tarde, de esa que aún brilla en su máximo esplendor pero que en su actitud se atisba ya el cansancio de la jornada cumplida. Hay una densa capa de niebla alrededor de Antonio. No repara en ella. Tiene los cascos en la cabeza y un teclado de dos octavas delante. Está grabando una base, fumando base. Lo único que rompe el silencio son los golpes secos y huecos de las teclas. No es una base para un tema en concreto, es un ritmo que puede que se convierta en tema.

Después me llega la voz

El eco de una impresión reciente  
me llega a un viaje tan veloz  
En la noche cuando el cielo  
De la noche que parece  
El tiempo se dilata  
Agora dejó de contar los días



El punto de partida  
al punto de llegada  
El tiempo se dilata  
Agora dejó de contar los días

Antes de haber nacido

Después me llega la voz  
El eco de una impresión reciente  
me llega a un viaje tan veloz  
En la noche cuando el cielo  
De la noche que parece  
El tiempo se dilata  
Agora dejó de contar los días

Campos invariables  
Hasta de haber nacido  
Después me llega la voz  
El eco de una impresión reciente  
me llega a un viaje tan veloz  
En la noche cuando el cielo  
De la noche que parece  
El tiempo se dilata  
Agora dejó de contar los días

Campos invariables  
que pretenden descripciones  
Hasta aquí he llegado  
Al punto de partida  
Agora que he nacido  
que he dejado de contar los días  
Después me llega la voz  
Antes de haber nacido

Después me llega la voz  
El eco de una impresión reciente  
me llega a un viaje tan veloz  
En la noche cuando el cielo  
De la noche que parece  
El tiempo se dilata  
Agora dejó de contar los días

Campos invariables

Hasta de haber nacido

Después me llega la voz  
El eco de una impresión reciente  
me llega a un viaje tan veloz  
En la noche cuando el cielo  
De la noche que parece  
El tiempo se dilata  
Agora dejó de contar los días  
Antes de haber nacido  
Después me llega la voz  
El eco de una impresión reciente  
me llega a un viaje tan veloz  
En la noche cuando el cielo  
De la noche que parece  
El tiempo se dilata  
Agora dejó de contar los días  
Antes de haber nacido

Después me llega la voz  
El eco de una impresión reciente  
me llega a un viaje tan veloz  
En la noche cuando el cielo  
De la noche que parece  
El tiempo se dilata  
Agora dejó de contar los días



Campos invariables  
Hasta de haber nacido

Antes de haber nacido

Antes de haber nacido

Después me llega la voz

El eco de una impresión reciente  
me llega a un viaje tan veloz  
En la noche cuando el cielo  
De la noche que parece  
El tiempo se dilata  
Agora dejó de contar los días

Campos invariables  
Hasta de haber nacido  
Después me llega la voz  
El eco de una impresión reciente  
me llega a un viaje tan veloz  
En la noche cuando el cielo  
De la noche que parece  
El tiempo se dilata  
Agora dejó de contar los días

Campos invariables  
que pretenden descripciones  
Hasta aquí he llegado  
Al punto de partida  
Agora que he nacido  
que he dejado de contar los días  
Después me llega la voz  
Antes de haber nacido

Campos invariables  
que pretenden descripciones  
Hasta aquí he llegado  
Al punto de partida  
Agora que he nacido  
que he dejado de contar los días  
Después me llega la voz  
Antes de haber nacido

Campos invariables  
que pretenden descripciones  
Hasta aquí he llegado  
Al punto de partida  
Agora que he nacido  
que he dejado de contar los días  
Después me llega la voz  
Antes de haber nacido

Antes de haber nacido

Suena el teléfono. Antonio sigue a lo suyo. Deja de sonar.

Desde hace días se percibe una constante bajada de revoluciones en cuanto a actividad. Hay menos movimiento y cuando lo hay es pausado. No siempre es así. Hay días que no hay un solo minuto de tregua, que no hay descanso sino una terrible lucha por delante, una jornada agotadora. Pero hoy no es uno de esos días. Menos mal.

En estos casos, lo mejor es abrir los ojos y entretenerse con la vista. Ver a Antonio completamente concentrado en una posición del todo inverosímil, repitiendo una y otra vez el mismo ritmo, es una visión digna de ser saboreada. Puede tirarse horas así y no es una exageración. De vez en cuando da una cabezada y parece que se ha quedado dormido, pero un impulso reflejo, muchas veces para guardar el equilibrio, le devuelve al mismo punto en el que lo dejó y la rueda sigue girando una y otra vez. Y el tiempo pasa y no pasa nada. Siempre pasa.

Cada 10 o 15 minutos el teléfono vuelve a sonar. Seguro que hay alguien intentando dar con Antonio y mucho me temo que no lo va a conseguir. Es una lástima no saber el número exacto de personas que han intentado hablar o dar con Antonio en toda su vida. Sería toda una cifra. Aunque claro, también es la única manera de conservar algo de tiempo para uno mismo y no ser un esclavo.

Hace años, cuando los primeros móviles salieron al mercado mucha gente percibió que tarde o temprano todo el mundo tendría uno, es innegable lo práctico que resulta, pero al mismo tiempo supondría el fin de la libertad (si esto significa algo) de alguna extraña manera. «De alguna extraña manera» es posiblemente una de las frases que más se repetirán en este libro. Es una de las coletillas que Antonio se echa a la boca con bastante asiduidad. La sensación de estar perdido, de que nadie sepa dónde está uno exactamente es algo que unos pocos privilegiados y otros tantos desgraciados pueden disfrutar. O sufrir. O yo que sé.

A Antonio no parece afectarle la constante llegada de nuevas llamadas y cada segundo que pasa se agotan las posibilidades de aguantar sin moverse. Se esfuman las existencias. Parece que se ha quedado dormido pero sólo es un espejismo. Lo que está es concentrado y cuando está así es muy difícil abstraerlo, ya está lo suficientemente abstraído por su cuenta.

### I 3000 NOCHES CON MARGA

**Eres de los pocos que mantiene el idioma, la acentuación**

Eso es precisamente algo con lo que tengo una paranoia especial. Me horroriza, casi roza la pesadilla para mí, la desacentuación del lenguaje, de las palabras, meter el texto a golpe de cuña para que entre, o el deformar las oraciones y decirlas de una manera que son verdaderas patadas al diccionario. Todo eso me resulta insoportable. Es como escuchar de pronto una nota desafinada que te provoca una sensación física de rechazo, de malestar, pues es algo parecido. Siempre he dedicado especial cuidado a la elaboración de las letras porque el castellano me parece una lengua tan rica, tan versátil, que se puede trabajar muy bien con ella y tiene multitud de formas y recursos. Al arreglo musical le aporta una riqueza y una coherencia, le da sentido a ese arreglo musical que lo sostiene. La verdad que para mí es una parte tan fundamental como el arreglo. Un buen arreglo se puede ir al garete por un mal trabajo de textos y un mal trabajo de textos jamás va a ser medianamente bueno con un arreglo musical excelente. Para mí es fundamental tenerlo bien agarrado.

**¿Qué guitarras han pasado por tus manos?**

Yo he tenido unas cuantas guitarras, es cierto, que han ido pasando por mi vida y desapareciendo, unas han permanecido más o menos tiempo... Ahora mismo tengo unas 14. Recuerdo en particular una Gretsch fantástica, que acabé cediendo a manos de un músico joven que, la verdad, le perdí la pista pero fue como una aportación personal, una forma de manifestar mi fe en él y la confianza que yo tenía en aquel chaval. ¿A cambio? Obtuve la satisfacción de verle mejorar con esa guitarra en las manos y ver que realmente le aportaba algo de calidad y de solidez. Se marchó, creo que a Estados Unidos a seguir estudiando. Estoy convencido de que sigue siendo su guitarra y, si no, la tiene como en oro en paño. Actualmente tengo unas cuantas y estoy muy contento con todas ellas, todas tienen su historia especial.

**¿Has cambiado mucho las afinaciones para 3000 noches con Marga?**

He utilizado una afinación abierta en La menor séptima en *Te espero* y otra que es una variación del Sol estándar, bajando el bordón a Re en

*Pueblos blancos*. También en *Caminos infinitos*. La afinación abierta en Mi, que utilizo mucho y con la que he escrito varios temas como *Háblame a los ojos*, *Estaciones*, *Palabras*, es una afinación que me encanta, cuadrada, no tiene vuelta de hoja.

Lo que hago es variar un poco las afinaciones estándar, bajo la segunda un tono, muevo la tercera y la quinta medio tono arriba o abajo, voy buscando el modo de crear versiones diferentes y los resultados son fantásticos, consigues inversiones sorprendentes, que te suenan de una manera coherente, rica en armónicos, formas que en estándar es imposible. El resultado de combinar una guitarra con afinación abierta y otra estándar es fantástico.

**Por eso le cuesta tanto a la gente sacar tus canciones**

Sí, en más de una ocasión me ha venido gente, recuerdo un día que John Parsons se comía la cabeza intentando desenmascarar el solo de *Mi habitación*, la adaptación que hice de la canción de Antonio Flores en su disco homenaje. Y claro, utilicé una afinación abierta en Do con una variación de semitono en la cuarta y resultaba completamente imposible reproducir ese solo con la afinación normal, y para conseguir dar con esa afinación era un follón.

Me acuerdo de un caso que estábamos en una prueba de sonido en el País Vasco y se acercó el guitarrista del grupo telonero y me dijo: «Tío, no consigo sacar *La hora del crepúsculo* de *Anatomía de una ola*» en la que utilizo una afinación abierta en Mi con una variación en la tercera, y hay una parte que hago un dibujo y el tío no podía con ello. Entonces yo le cogí la guitarra, la afiné en Mi menor sin que se diera cuenta y se lo mostré, era sencillísimo, dos cuerdas, dos trastes y el otro volviéndose loco repitiéndolo pero no podía, una y otra vez. Al final al chaval le di la oportunidad de tocar un rato conmigo, y el pobre chaval estaba destrozado.

**Versos medidos, tienen legitimidad de un poeta, no hay versos cojos**

Soy muy clásico en ese sentido, muy purista. Me gusta el soneto, me gusta el verso medido, el ritmo que dan las sílabas medidas... es fundamental, forma parte de la riqueza del texto porque una cosa es el ritmo que viene dado por el propio ritmo musical, pero existe otro ritmo más allá del puramente musical que es el que da ligereza al texto, el que lo hace asentarse definitivamente, y ése reside más en las palabras, en las sílabas, en como unes... es vital, te pones a

hurgar al detalle y te das cuenta de dónde un diptongo tiene cabida y dónde no, dónde una rima tiene sentido o resulta redundante, hay que buscar ese detalle del acabado último de las cosas, allí es donde el español te permite hilar muy fino. Toda la riqueza de sinónimos, antónimos, recursos poéticos, etcétera. Es cuestión de preocuparse un poco del tema.

**Este disco tiene un curre de segundas voces muy serio**

Total. Normalmente las voces se plantean bien como armonías, como líneas armónicas: terceras, quintas, etcétera. O bien como coros y en esta ocasión la idea era distinta. Una vez cantada la canción, abrir una pista paralela y cantar al lado de la voz principal, como una toma libre, sin atender a formas de armonía o formas estructurales y sí atendiendo a la espontaneidad, de pronto, de saltar en una frase determinada con una armonía, la que fuera y que tuviera sentido por sí misma. Por ejemplo, en *Caminos infinitos* hay unas voces que están trabajadas de esa manera, digamos que tú escuchas un pasaje y hay una voz pero en la repetición ya no existe. En un principio las concebí como un bloque instrumental como una sección de voces y así empezamos a trabajarlas con Jorge Damico y Luismi Baladrón pero no me gustaban, no encajaban, no eran propias y, sin embargo, sí tenía claro que quería unas voces.

**Las letras siempre han sido muy opacas y en este disco estás abierto en canal, directamente**

La verdad es que sí. Es un disco que está cargado de energía positiva, lleno de emociones, sin concesiones ninguna, trabajado desde la libertad más absoluta, con el sentido de satisfacer una necesidad más que un interés. Es un disco que por representar lo que representa no puede tener otra forma que no sea la de hilar cosas con ese sentido de la transparencia, porque realmente Marga era así, Marga era una persona muy sincera con un sentido de la justicia muy evolucionado, que hablaba en primer plano, si había lecturas era porque ella lo había querido así. Su palabra era siempre clara, directa y concisa. Las canciones, el disco, tenían que manifestarlo.

**¿Te gustaría juntarte con algún artista en concreto, de fuera o dentro?**

La verdad que siempre ha habido por ahí sueños, que para mí han sido mis maestros o mitos y uno sueña, de pronto, con tenerles cerca. Desde Paul Carrack a Larry Carlton.

Por la ventana lo único que entra ya es el aire fresco de la noche. El tema ya no da más de sí. Habrá que meterle unas guitarras o un piano pero en cuanto a base, va listo. Por primera vez en dos o tres horas Antonio levanta la cabeza y mira alrededor. No está solo, aunque por un momento en su mirada parece asomar una inocente sorpresa ante esa circunstancia. Una rápida visita al cuarto de baño, comprobación de bolsillos, llaves del coche y fuera. Hay que ir a ver a Germán, de Clamores, que va a adelantar algo de pasta del concierto de mañana y en una esquina hay un Pc con monitor que puede ser canjeado por unos cuantos talegos. Hacen falta y a menos que salga a la calle a por ellos no va a haber nadie que se pase por aquí a dejarlos. Hoy no. Para cobrar hay que moverse y cobrar es algo que sí merece el esfuerzo.

La idea es pasar por el Cash Converters de Corazón de María y empeñar el Pc y el monitor, después dejarse caer por Bazar Matey, la tienda de la calle Fuencarral 127 de maquetas y comprar todo lo posible y pasar después por Clamores que está al lado. En algún momento antes de volver habrá que ir a por género y eso son otros tantos kilómetros y la posibilidad de cualquier imprevisto. A ver qué pasa.

Tras un rato en el coche y las posibilidades del nuevo tema disparan la conversación. Que si un piano le vendría de puta madre, o mejor dos. Ya se verá.

Al final todo sale bien. Sin contratiempos. Como casi siempre. Lo único, la tienda de trenes que estaba más que cerrada cuando se dejó caer por allí. Es la tercera vez que no llega, a ver si la próxima hay más suerte. Bueno, suerte o un mínimo de previsión. Tendrá que ser suerte.

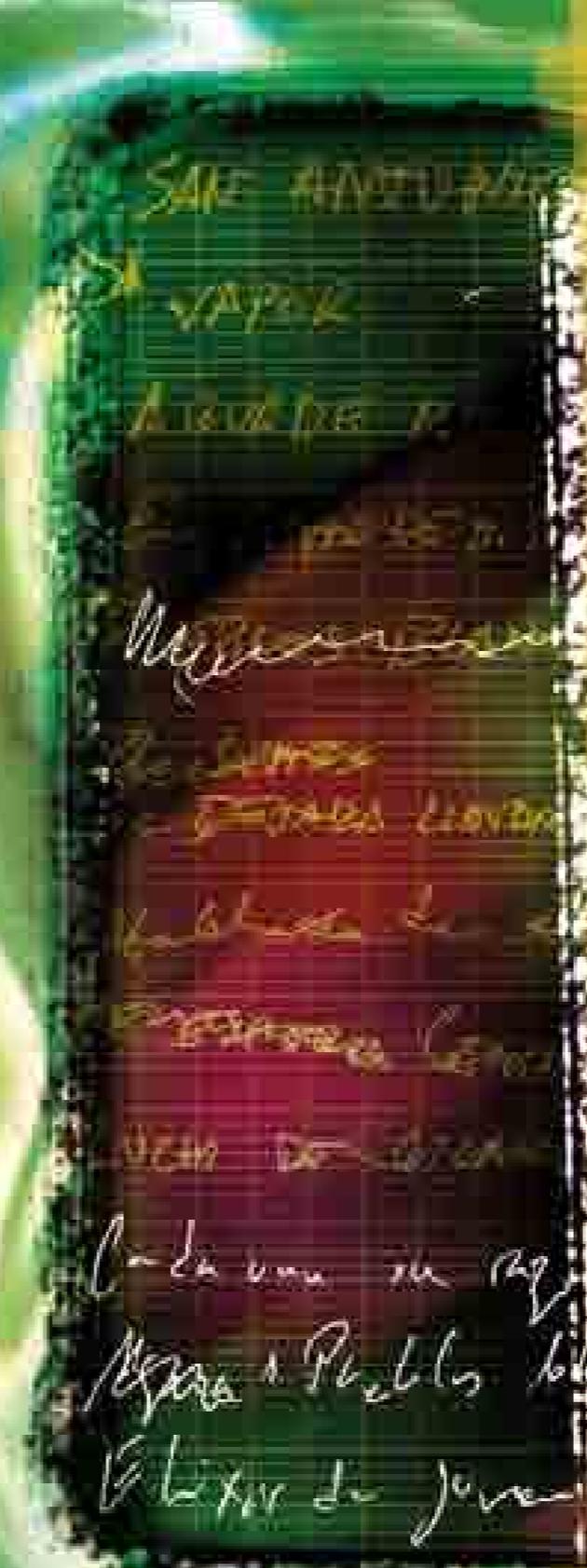
Lo que sí ha podido reunir es un saco de arpillera que sabe Dios de dónde ha salido con palos, ramas, piedrecitas y hojas secas que seguro acaban viviendo bien. De momento su sitio será debajo de la mesa del taller. Es el momento de comer algo y seguir funcionando. Ahora, le toca a la maqueta.

Las manos de Antonio parecen las manos de un artesano. Son las manos de un artesano. Sus dedos están erosionados y la zona de las uñas se tiñe de un color oscuro. Esos dedos pasan diariamente por el afilado filo de las cuerdas de metal, por la rugosa superficie de las vías de tren, por la *caricia de la lija*. Las manos de un guitarrista no



son las manos de un violinista, ni mucho menos. La guitarra es uno de los instrumentos más ingratos, físicamente también. No se puede comparar el agradable tacto del marfil de una tecla de piano o la madera de unas baquetas a los tres cuchillos que son las tres primeras cuerdas de una guitarra acústica o eléctrica. Las yemas de los dedos acaban en carne viva y día a día, sesión a sesión, se va formando un callo que hace que aguanten esa cantidad de horas apretando cuerdas contra el mástil, desplazándose en paralelo buscando alguna subida o ejecutando un *bend* de dos cuerdas.

En las seis cuerdas de una guitarra han dejado su talento y su tiempo infinidad de artistas. Algo tendrán. Antonio no es una excepción y a lo largo de su vida siempre se ha visto *luchando con los fantasmas de la prima y el bordón*. Poco a poco, intentando desenmascararlos, intuyendo hacia dónde tiene que ir la siguiente nota, el siguiente acorde, y en todas las búsquedas como en todas las ejecuciones, las seis cuerdas ahí siguen limando los dedos, moldeándolos. Ya que ellas no pueden cambiar tendrá que ser el hombre el que se amolde a ellas, quien se especialice para acercarse a ellas. Así



como los pingüinos tuvieron que adaptarse fisiológicamente a nadar en vez de a volar y sus alas se convirtieron en aletas, las manos que un guitarrista deja en herencia a su hijo deben ser más propensas a seguir el mismo camino de especialización que inició su padre y generación tras generación igual nos encontramos dentro de mil años con descendientes de sagas de guitarristas con las manos ya deformadas y, por tanto, adaptadas al ejercicio y práctica de la guitarra, con todos los dedos de la mano derecha del mismo tamaño, los de la izquierda con las yemas encalladas y abiertos como las piernas de los vaqueros para poder llegar más lejos.

Puede que hayan pasado dos horas o dos días. Por la ventana, ahora parece que entra clara la luz de la mañana. Tiene algo de optimista que jamás tendrá la de la tarde y mucho menos la ausencia de la noche pero claro, eso teniendo en cuenta que ha habido una noche. Si la mañana sólo es la prolongación de una noche que a su vez fue la prolongación de otro día, todo el optimismo y la fuerza vital de la mañana se difumina. A Antonio las mañanas no suelen sentarle bien y eso que normalmente las últimas horas de la noche y las primeras con luz suelen infundirle fuerzas y si está trabajando son las más productivas, las más lúcidas y al mismo tiempo más pobladas de ensoñaciones, pero en cuanto el sol se asienta poderoso e ilumina cada rincón de la casa y cada pliegue de la piel, Antonio sufre una bajada de revoluciones que normalmente le lleva a dejarse caer en un rincón de la cama y sin quitarse la ropa echarse un poco hacia delante para dormir lo que pueda. Sabe que pasará. Sólo es cuestión de tiempo.

Como por arte de magia el teléfono deja de sonar. Es cierto que desde las 3 o 4 de la mañana suena con menos frecuencia pero aun así alguna llamada entra. Por la mañana no se oye, como si los que le conocen supieran que a esas horas es imposible y quienes no le conocen sospecharan que no es un buen momento para probar suerte. Una suerte de tregua tácita. Pero que las mañanas sean más tranquilas no significa que Antonio y su mundo se detengan.

De una manera casi imperceptible, como si tuviera que pedir permiso para hacer acto de presencia, la actividad empieza de nuevo a circular por la nave de la calle Palermo. A lo lejos se oye la risa de un niño y el rugido de una moto.

Ahora le toca el turno al manual de la caja de ritmos que, aunque a primera vista parece sencillo, tiene muchas más aplicaciones de las que se pueden llegar a pensar. Antonio sostiene el manual entre las piernas e inclinado hacia delante se dedica a pasar y pasar hojas sin quitarse un cigarro que permanece en sus labios consumiéndose lánguidamente. Cada cinco minutos un bloque de ceniza compacto se desprende y cae en el manual. Me gustaría ver esto con una cámara superlenta. Antonio no mueve un músculo aunque repara en ella. Sólo unos segundos después pasa la mano por la zona encenizada a modo de espátula hasta que los restos continúan la caída iniciada dándose de bruces con el suelo o el pantalón. Ahí ya no molestan. Y como lo que no molesta no existe, se acaba el problema.

Supongo que con la edad se le da cada vez más valor a unas pocas cosas, y menos a todo lo demás. Igual no pero, desde luego, no son una ni dos personas las que acaban funcionando así. A esto habrá que sumarle que Antonio es, probablemente, una de las personas con mayor capacidad de pasotismo cuando algo no le interesa. Es algo exagerado. Radical. No le dedica ni siquiera *una décima de segundo* a pensar o preocuparse por cuestiones secundarias. Sabe qué necesita y qué le apasiona exactamente. Y si uno tiene todo lo que necesita al alcance de la mano, ¿para qué cambiar? ¿para qué enredar?

De pronto, como una exhalación, Antonio cruza la nave y abre la puerta del pequeño frigorífico que hay al lado de su cama. Parece que ahora el cuerpo necesita dulce. Pues dulce será. Saca una tableta de chocolate Nestlé y se la come en diez bocados. Acojonante. Puede que sea una hipoglucemia leve, se da cuando uno no lleva una alimentación equilibrada y Antonio, eso no se puede negar, no lleva una dieta mediterránea precisamente.

Tras una tableta de chocolate y medio bote de Sunny Delight parece completamente recuperado, está animado, de buen humor y rebosa energía. Una mirada alrededor y sus ojos se posan en la Gibson 335. Ya hay algo que hacer.

No la enchufa, sino que empieza a tocar con la guitarra sobre las piernas. Tiene la cara pegada al cuerno superior que hace la función de apoyo incluso de almohada para breves cabezadas.

**¿Qué guitarristas te gustan?**

Hay guitarristas sorprendentes, no puedo decir que conozca a muchos de la escena guitarrística actual porque me he quedado muy atrás, en el sentido de que ya no estoy actualizado, ya no escucho música como escuchaba antes y he perdido la línea contemporánea, pero tengo muy claro cuales son mis maestros, como Larry Carlton, Jeff Beck, y aquellos primeros guitarristas de blues como Muddy Waters o Howlin' Wolf. En activo... pues no sabría qué decirte. No es que no sepa por cuál decidirme, es que estoy seguro que no pararía de sorprenderme y de aprobar, pero no sé decirte, de la escena actual estoy fuera.

**¿Te has hecho con unas gafas?**

No. Todavía no, cada vez estoy más ciego. Es una pasada, es que me acuerdo de pronto a las cuatro de la mañana, a las cinco, cuando estoy en casa y ya no veo nada, pero cuando me tengo que acordar no me acuerdo. Yo a esta distancia, de aquí a los botes veo, a partir de ahí, el mundo para mí es un cuadro impresionista.

**¿De qué estás más orgulloso: de las guitarras, voces, letras?**

Es una pregunta difícil porque cada cosa ha sido un trabajo acojonante. Las guitarras más que nunca me he dado el capricho de no cortarme, me he explayado. Absolutamente todas las cosas que se me han ido ocurriendo y que me resultaban que aportaban algo, todas las que he hecho y todas las que he grabado están ahí. Pero igual con las letras, todas las he sudado, no sabría por cual decidirme. Es difícil porque tengo motivos para elegir cualquiera de las tres como mejor. He sido implacable conmigo mismo, no he pasado por alto ni una. He buscado, no sé si decir la perfección, pero sí el acabado bien hecho. Todo lo bien que yo pudiera hacerlo lo he tenido que hacer. No me podía permitir quedarme con la sensación de poder haberlo hecho mejor. He tenido que terminar con la sensación de hacerlo lo mejor que he sabido y que podía.

Este disco responde a un proceso muy especial y en un momento muy especial de mi vida y es la síntesis de ocho años al lado de una persona que lo ha significado todo en mi vida. Va más allá de la satisfacción pura y dura por un trabajo discográfico bien hecho.



**II**

**CALLE DE PALERMO  
EN CASA DE SANDRA Y FOFO**

**¿Qué pasa con Ese chico triste y solitario que siempre te ha molestado?**

Fue una época muy mala mía, estaba muy muy enganchado y, tío, eso fue un despropósito. Había un matiz como de quitarme de en medio, como de darme definitivamente el pasaporte, el finiquito... y fue una maniobra de Paco Martín que no me gustó nada. En aquel entonces nuestra relación era poco sincera, en el sentido de que los dos sabíamos perfectamente cuál era la situación y el tío no desaprovechaba jamás la posibilidad de especular con algo así. Desde luego los grupos que participaron lo hicieron de corazón, con un respeto total hacia mí y hacia mi obra, pero, joder, había cosas que resultaban sospechosas, al menos para mí.

**¿En cuanto a calidad?**

Sí, en cuanto a calidad del proyecto. Hubo grupos que tuvieron que pagarse ellos mismos el transporte

y la producción brilla por su ausencia. Ahí no había apoyo ni facilidades para nadie. Era todo apelando al respeto y al buen rollo que todos tienen con Antonio Vega, pues ¡Hála, a no poner un duro! Se tomó muy a la ligera.

**Estás al lado de tu colegio**

De vez en cuando voy a verlo. Me paso por la zona deportiva, tengo miles de recuerdos, de historias del colegio. El otro día dando una vuelta por la zona de abajo, la deportiva... he trabajado tanto ahí, he hecho tanto deporte y he entrenado tanto, y han pasado tantos años ahí, han sucedido un montón de cosas y están todas ahí mismo. El otro día me di una vuelta y me di cuenta... me vinieron a la cabeza todo tipo de personas, cosas y recuerdos. Flipé. Empecé yendo al Liceo Francés pero al de Marqués de la Ensenada, en Colón. Ahí estuve hasta 7º y luego ya me trasladaron aquí.

**¿Algún contacto?**

Salvo que me haya encontrado por casualidad con alguno, que vengan a verme a algún concierto: ¿Sabes

quién soy? ¿Te acuerdas de mí? Soy Fulano, ¡Joder, qué fuerte! ¡¿Cómo no me voy a acordar?! Pero bueno, la verdad es que no tengo contacto ninguno.

**Además sería una excepción: un colegio laico**

Ese colegio fue muy de vanguardia, iba por delante. Era como un *duty free*, un suelo internacional adonde llegaban muchas cosas que a otros sitios no llegaban. Música, todas las artes, pintura, escultura, cine, etcétera. Ahí tenías oportunidad de intercambiar mucho material y de conocer muchas cosas que fuera del colegio no se conocían. Y entonces había como una especie de clan, una escuela que luego dio muchos frutos, y ha salido gente con grandes aptitudes y que han hecho grandes cosas.

**Además de estudiar la literatura francesa y su poesía**

Sí, total, no sólo literatura francesa, también estudié la española y ambas historias. Eso te da la posibilidad de contrastar, de comprender, de ser mucho más tolerante, más transigente con los acontecimientos y, sobre todo, te da una perspectiva muy abierta, muy completa de tu propia educación y tu propia condición. Cuando hice la selectividad y me matriculé en la Escuela de Arquitectura, llegué a la escuela con un sentido de la efectividad bastante bueno, en cuanto que tenía muy claro cómo estudiar, cuánto tiempo dedicarle y de qué manera abstraerme.

**Te sirvió el sistema**

Mucho. Tengo que decir que mis años de colegio fueron maravillosos y aparte, no es por pijaería, ni cursilería, pero yo no suspendí jamás una asignatura.

Luego en Arquitectura estuve dos años, no llegó a tres. Después me matriculé en la Escuela de Físicas y me preparé para el examen de la Escuela Nacional de Aeronáutica pero tampoco salió adelante. Yo ya estaba todo el día con la guitarra, que era lo único que hacía.

**Y un día de colegio normal, ¿cómo era? Porque vienes de una familia numerosa**

Sí. Ahora quedamos cuatro porque Ricardo y Martita murieron, por desgracia, hace ya algunos años pero sí, hemos sido una familia muy unida, con un sentido de la solidaridad, de la colaboración, del apoyo mutuo muy avanzado. En ese sentido siempre he tenido en la familia un apoyo y un arrojo total.

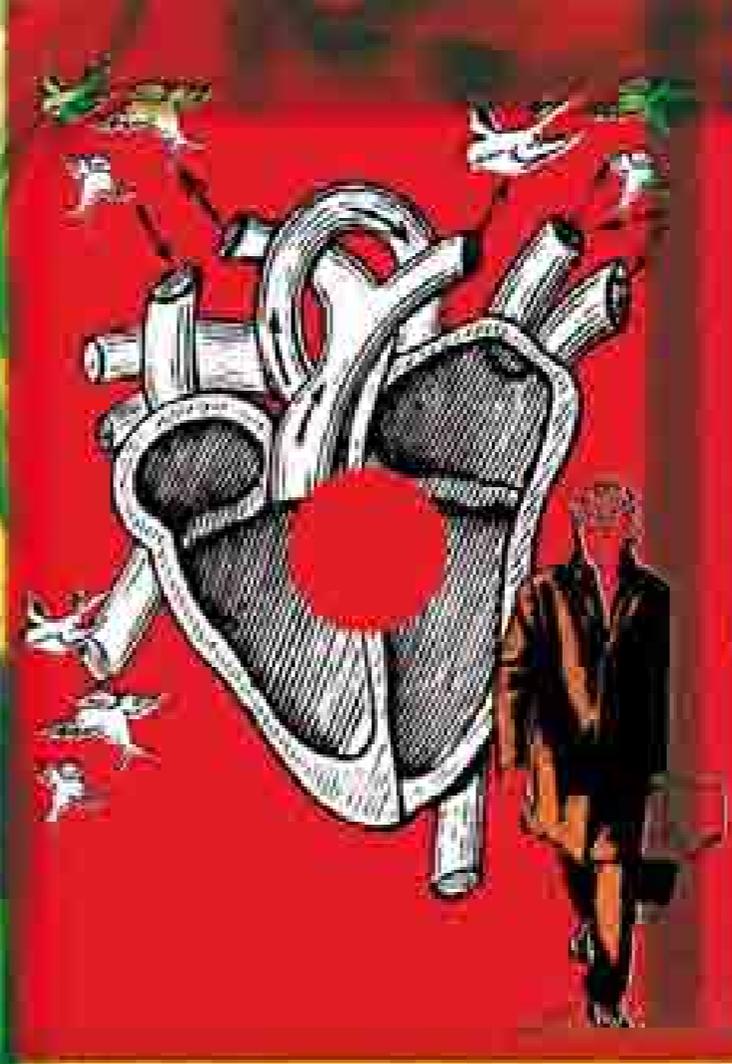


Los riffs se convierten en una secuencia de acordes con el mismo dibujo. Los repite una y otra vez. Con cada nueva vuelta parece más asentado. Los propios acordes cogen prestancia. Ya no son algo aislado. A fuerza de insistir, llaman su atención. Antonio abre los ojos y se fija en lo que está tocando. Puede que se haya sorprendido o quizá es lo que buscaba. Habrá que grabarlo. Aunque si luego se queda en nada... Mejor para estar seguros será tocarlo dos o trescientas veces más. Si entonces sigue pareciendo igual de atractivo, merecerá ser grabado.

Hoy es un día normal. Hay acordes que tocar, trenes que pulir, género por comprar y gente a la que dar esquinazo. Basilio se va a pasar a enseñarle a Antonio las fotos de la Ducati que se quiere pillar y Damico tiene un nuevo sistema de armonía aplicada a la guitarra que a Antonio le viene al pelo.

Básicamente se trata de tener claro dónde están la 3ª, 7ª, 9ª, etcétera, y dependiendo de en qué cuerda esté la nota madre (6ª, 5ª o 4ª) desplazarse por el mástil buscando esa nota. De esta manera, cuando el sistema esté aprehendido, si una canción está en B sólo hay que localizarla en el 2º traste de la 5ª cuerda y recordar las posiciones de la 5ª cuerda y sin pensar se puede armar cualquier acorde dentro del tono general de Si. Este sistema sólo les sirve a los guitarristas, pues está basado en el extraño plantel de notas que aporta la guitarra. Los pianistas, que tienen las notas desplegadas en tonos y semitonos en orden riguroso, no tienen este problema y saben perfectamente qué hacer para conseguir por ejemplo un *F sus4*, pero un guitarrista se puede volver loco para encontrar rápidamente este acorde. Esto de los acordes es sólo la aplicación más básica que tiene. Damico ya está en otro nivel que es el de utilizarlo para moverse libremente entre tonos y poder hacer solos o punteos o dibujos en la canción. Las posibilidades son enormes y es doblemente atractivo para quienes no dominan el solfeo pero sí la práctica. La gran mayoría de los guitarristas conocen las notas y las escalas básicas y durante años tocan y tocan, pero llega un momento en que para avanzar necesitan estudiar mucho y este sistema es una bicocha por lo sencillo y por las posibilidades que se le abren a uno por delante.

Roni está inquieto. Lleva un buen rato dando el coñazo, moviéndose con ese cuerpo tan grande que tiene por la nave como si fuera su fortaleza y nosotros unos intrusos



primera vez que me sometía a una disciplina férrea y marcial. De hecho, me marcó mucho pero también fueron unos años muy buenos en el que tuve un desarrollo vital. Siempre había sido muy deportista, tenía un fondo físico importante, tenía fuerza y agilidad. Hice una mili buena, no me costó apenas trabajo. Sufrí lo que todos sufrimos: el agotamiento y la situación que estás viviendo, pero no llegué a pasarlo mal realmente. Físicamente iba sobrado, era más por -como ya te digo- timidez.

**Madrid es quizá más acogedor para la gente de fuera que para los madrileños**

Probablemente. Para el ciudadano, Madrid ofrece todo un conjunto de cosas que son muy guapas, en el sentido de que el que es de aquí, vive aquí, trabaja aquí y sale adelante aquí, pues no.



**No como Stephan Zweig que venía a decir en *El mundo de ayer*. Memorias de un europeo algo así como que su niñez como una sucesión de infiernos, etcétera**

No. La mía fue una infancia y una educación muy agradables. Aprendí a ser muy travieso y obediente al mismo tiempo. Yo era muy tímido y me encerraba a hacer cosas y empecé a desarrollar un sentido del trabajo, de unión de obra. Me gustaba mucho contar las cosas que había hecho en el sentido numérico, cuántas había hecho, cuántas tenía hechas, y ver qué cuerpo cogía aquello. Sumaba en aquel cajón todo tipo de historias, resistencias, cables y pilas unidas a dibujos borrados y recompuestos.

**¿Notaste el cambio de la infancia a la adolescencia?**

Bueno, cambio, la verdad es que no. El primer choque creo que fue el servicio militar porque era la



temporales. Es su fortaleza. Somos intrusos. Es capaz de espatarrarse y acabar debajo del hueco de la cama en un ejercicio de flexibilidad y *houdinismo*. Comida y agua tiene para aburrir pero el pobre no es el perro que más sale a la calle del barrio.

Un breve vistazo a la ventana confirma que vuelve a ser de noche. Es curioso que estando a escasos diez metros de la puerta del bar no se oiga la música. Lo que sí se escucha y con nitidez son los motores y frenazos de la gente que va a Palermo a jugar un billar, un fútbolín o a tomarse unas copas oyendo clásicos del rock'n roll. Es un buen garito y como es de Sandra y Fofó a Antonio le suministran todo lo que quiere por la cara, es decir, barra libre de bolsas gigantes de palomitas y Fantas de naranja.

Pepelu ha dejado un mensaje en el contestador. Es para recordarle que mañana tienen bolo y que pasará a buscarle a la una de la tarde.

La relación de Antonio con Pepelu es más larga y profunda de lo que muchos pueden llegar a imaginar. Oficialmente Pepelu trabaja en Limac a las órdenes de Manolo Sánchez, la oficina de *managing* y contratación que mueve a Antonio.

Extraoficialmente Pepelu vela por Antonio, le cuida dentro de lo razonable. Siempre está ahí. Para lo bueno y para lo malo. Para lo que Antonio necesite. Llevan muchos años

recorriendo España juntos, haciéndose miles de kilómetros a horas intempestivas. Hablando o en silencio. Es uno de los pilares a la sombra, una constante y uno de los pocos que consigue querer a Antonio y no odiarle al mismo tiempo. Y eso no es nada sencillo.

La gran diferencia entre quienes tratan a Antonio de manera ocasional y los que conviven con él es que estos segundos han llegado a situaciones que les pueden provocar rechazo. Muchas cosas no son digeribles. O si lo son, dejan un desagradable regusto a su paso. Es muy desagradable y violento, por ejemplo, pasar por las Barranquillas. Es un sitio que no debería existir y al que nadie debería verse forzado a acudir. Antonio no es insensible a estas reacciones y sabe perdonar y respeta el que uno sepa hasta dónde puede llegar. No pasa nada. El mundo de Antonio está lleno de cúspides y charcos y aunque las alturas gustan a casi todos, hay momentos duros que no todos pueden sobrellevar sin un serio trauma o un susto de muerte.

Y luego está lo otro. Lo de siempre. Ver a un ser querido consumiéndose siempre es penoso. Si además se consume por propia voluntad aparece un resentimiento en forma de rabia contra esa persona por insensible, por egoísta, por provocar tanto dolor a las personas que le quieren y que le rodean. Es muy difícil defender el respeto a su elección cuando hay sentimientos de por medio. Cuando hay lazos de sangre inmiscuidos en la ya de por sí intensa ecuación pero claro, Antonio no es una persona normal y corriente, no lleva una vida normal y corriente y no se le puede medir con el mismo rasero con el que se mediría a una persona normal y corriente. Sería una grave equivocación hacerlo porque las personas normales y corrientes no componen *Sentado al borde de ti* o *El sitio de mi recreo*. La gente de a pie no hace un clásico en su primer disco ni se convierte en mito antes de cumplir los 30. Y cuando alguien es tan insultantemente brillante también es de esperar una contraprestación por su talento, una carga extra, un *quid pro quo* que compense esa abrumadora personalidad, una sombra que compense la cegadora luz.

Antonio sigue en la misma posición. Sus pies rozan el suelo y están recogidos hacia dentro. Hace rato que no toca pero sigue abrazado a la guitarra con la cabeza apoyada en el mástil y aún guarda entre los dedos de la mano derecha una púa. Parece que